

Palabras de D. Alfonso López Quintás

EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON EL SEÑOR *Homilía en la iglesia de San Nicolás de los Servitas*

“Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos” (Rom 14-7-9).

El fallecimiento de un ser querido nos produce, además de pena, desconcierto. Jesús nos manda en el Evangelio crear lazos de unión y de amor. Nos esforzamos en ello durante toda la vida, y de repente viene la muerte, y de un golpe parece romper todos los vínculos. Entonces nos preguntamos si tiene sentido el amor existiendo la muerte.

En estos momentos de desánimo debemos acudir a la Sagrada Escritura en busca de luz. Jesús nos dice: *“Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto” (Jn 12, 25)*. Él nos lo mostró con su ejemplo, pero, además, nos hizo esta gran promesa: *“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25)*.

Creer no es sólo aceptar que Dios existe, sino adherirse personalmente a Él, vivir en amistad con Él, cumplir sus mandatos. Cuando una persona lo hace con perseverancia, el Señor le da, al morir, la vida eterna, una forma de vida cualitativamente distinta de la terrena, inmensamente más valiosa. Pero es *su* vida, la *suya*, la misma que un día Dios le otorgó. En esa vida nueva, definitivamente liberada de

toda caducidad, llevaremos a perfección todo lo bueno que hayamos hecho en nuestro paso por la tierra, sobre todo nuestro empeño en crear relaciones de unidad con los demás. Nada se pierde de lo que hagamos para cumplir los preceptos del Señor, sobre todo aquel que constituye su “mandato” específico: amarnos unos a otros, crear formas elevadas de unidad.

De aquí se deduce que toda vida acorde a la voluntad de Dios tiene pleno sentido aun existiendo la muerte. Jesús bajó humildemente al surco; compartió la muerte con nosotros y vivió, en la Resurrección, el gran triunfo de la vida. Tampoco a nosotros nos liberó del dolor, pero sí del sinsentido del dolor. No vino a liberarnos de la muerte, sino del sinsentido de la muerte. A esta luz, la muerte pierde su aspecto duro para convertirse en un encuentro venturoso entre grandes amigos.

Lo vio muy justamente mi admirado maestro de la Universidad de Munich, Romano Guardini: *“Morir significa para el cristiano que Cristo viene y llama. La vida terrena se quiebra, pero, justamente por eso, se abre la puerta y, al otro lado, está Él”* (Cf. *El Rosario de Nuestra Señora*, Desclée, Bilbao 2009: 139).

Esta convicción es para nosotros una fuente de inmenso consuelo, porque bien sabemos que nuestro querido Sabino vivió la muerte como una entrega al Señor, a quien había servido. A estas horas, ya el Señor habrá cumplido su promesa de llevar al paraíso a quien conservó hasta el final su amistad.

Una vez consolados por esta convicción, debemos ahora realizar brevemente tres tareas:

1. Dar gracias al Señor por habernos concedido la gracia de tener entre nosotros durante un largo tiempo a Sabino. Cuando perdemos algo, solemos fijarnos más en la pérdida actual que en el don que supuso la presencia de quien se nos ha ido. Bien está que, en estos momentos de despedida, tengamos una palabra de agradecimiento por la existencia de Sabino entre nosotros, muy especialmente en su familia, y luego en su círculo de amigos y en toda la vida española, donde ha dejado una profunda huella, un surco lleno de semillas de vida, vida intelectual, ética, política y religiosa. No es fácil, en un momento de confrontación como el actual, que se dé un consenso general en el elogio como sucedió entre nosotros a la muerte de Sabino.
2. En segundo lugar, hemos de tomar nota del buen ejemplo que nos ha dado. La vida de Sabino fue una historia de fidelidad y lealtad; fidelidad a sus convicciones, a su fe religiosa; lealtad a sus promesas y compromisos. Perseverar en la fidelidad a estos grandes valores no es fácil, pero es inmensamente bello.

Si vemos en bloque la vida de Sabino, observamos que fue amigo siempre de la concordia, cordial en el trato, coherente con sus principios, entusiasta en sus iniciativas y tareas, diligente para la ayuda, tenaz en el esfuerzo, paciente en las adversidades. Recuerdo con admiración la soberanía de espíritu con que sobrellevó sus grandes pérdidas familiares y su última enfermedad. Lo hizo con gallardía, con su mesura modélica y su altura de miras. Verdaderamente, su figura constituye un espléndido ejemplo para todos. Ya no le veremos por los pasillos de la Academia irradiando paz, y lo echaremos de menos. Pero nos queda el recuerdo de su buen porte, de su señorío espiritual, y lo conservaremos con todo afecto en el capítulo personal de nuestros grandes modelos.

3. Por último, debemos aplicar su ejemplo a nuestra propia vida, a fin de convertirla en una vía regia hacia el gran acontecimiento de nuestra vida, que es el encuentro definitivo con el Señor en la muerte. Si la vemos con los ojos de la fe cristiana, la muerte es el momento más solemne de la vida; es el instante en el que sellamos para siempre nuestra voluntad de ser amigos del Señor. Si nuestro afán más íntimo es, como el de Jesús, hacer en todo momento la voluntad del Padre, veremos que la muerte no es sólo el fin de esta vida terrena; es el comienzo de la vida verdadera, una vida de encuentro incomparablemente superior a la que vivimos en la tierra.

Cuando, a sus 24 años, Teresa de Lisieux estaba a punto de morir, una compañera le preguntó: *“Hermana Teresa, ¿teme usted a la muerte?”*. Ella le contestó: *“¿Qué muerte?”*. La religiosa pensó que Teresita ignoraba su verdadero estado, y le advirtió que estaba muy enferma. La joven Teresa, con un hilo de voz, agregó: *“Claro que lo estoy, pero yo no espero a la muerte sino a mi Salvador que viene a buscarme”*.

Ésta es la interpretación positiva que damos los cristianos al fenómeno de la muerte, a pesar del aspecto hosco y negativo que presenta. La fe nos da unos ojos nuevos para descubrir, con San Pablo, que *“si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él”* (Rom 6, 9). Con razón proclama la Iglesia que *“es preciosa a los ojos del Señor la muerte de los santos”*; es decir de quienes han vivido para el Señor y han muerto para Él.

ORACIÓN POR LA PERSEVERANCIA

*Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y, cuando decidas irte,
llévame, Señor, contigo,
pues el pensar que te irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin Ti me quedo,
de si Tú sin mí te vas.*

*Llévame, en tu compañía
donde Tú vayas, Jesús,
pues bien sé yo que eres Tú
la vida del alma mía.
Si Tú vida no me das,
yo sé que vivir no puedo
ni si yo sin Ti me quedo
ni si Tú sin mí te vas.*

*Por eso más que la muerte
temo, Señor, tu partida,
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte,
pues la inmortal que Tú das
sé que alcanzarla no puedo
cuando yo sin Ti me quedo,
cuando Tú sin mí te vas.*

Fray Damián de Vegas
1530-1598